

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

- La Biblia** y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.— 24 cénts. de real.
Ayunos y abstinencias: La Bula.—24 id.
El matrimonio civil.—34 id.
El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—36 id.
El purgatorio y los sufragios.—30 id.
El culto de san José.—20 id.
El culto de María.—30 id.
El protestantismo, de dónde viene y á dónde va.— 80 id.
El culto é invocacion de los Santos.—32 id.
Efectos canónicos del matrimonio civil.—40 id.
Misterio de la Inmaculada Concepcion.—24 id.
El púlpito y el confesonario.—50 id.
El Padre nuestro.—60 id.

TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

- El Niño Jesús**, por Mons. Segur.—60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.
El miedo al Papa, por Mons. Gaume.—70 cénts.
Imitacion de María, por un monje premonstratense.—60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.
La Confesion y la Comunion, por Mons. Segur.—90 id. en rústica. Edicion de lujo, 5 rs.
La Pasion, por id.—50 id.
La secta católico-liberal, por id.—4 real y medio.
Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

BIBLIOTECA LIGERA.

Se han publicado hasta ahora los libritos n.º 4 hasta el 34 inclusive.

Precios: un ejemplar, 2 cuartos; doce de un mismo número, 2 rs.; ciento de id., 46; quinientos, 75; mil, 140.

La coleccion de los 34 libritos publicados vale 6 rs.

Los pedidos deben hacerse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

ALGUNOS CATOLICOS

Y LA PRENSA IMPIA.

Tiempo ha que nos está llamando vivamente la atención un fenómeno del orden moral que, á no tener idea de lo que son las debilidades, las inconsecuencias y las verdaderas aberraciones del espíritu humano, nos parecería de todo punto inexplicable. Notorio es á todo el mundo que la prensa liberal y reformista, que ha cooperado de una manera tan eficaz á todo cuanto en nuestro país se ha efectuado contra el catolicismo, sostiene tenaz y obstinadamente su carácter impío y su empeño de arrancar, si dable le fuera, toda creencia y todo sentimiento religioso del alma de los mexicanos.

Templados ó exaltados, gobiernistas ú opositoristas, los periódicos liberales, todos sostienen á una voz los principios de la reforma, esos principios heréticos, cismáticos y radicalmente impíos, que la Iglesia católica ha condenado mil veces y constantemente como tales. A ese fondo de doctrina anticatólica añaden sin cesar especies calumniosas al sacerdocio católico, frases burlescas, despreciativas de la doctrina, del culto ó de los ministros de la religión verdadera y para nosotros nacional; y no pierden ocasión, ni omiten medio alguno de combatir, con las falsas ciencias, con las noticias aun más inverosímiles y con las especies más ofensivas, lo más sagrado para el hombre, que son sus creencias religiosas y el culto que las expresa.

Un proceder de esta especie lastima hondamente el sentido moral de cualquiera que estime en algo aquella religión que fué la de nuestros mayores, que hemos visto combatida por

motivos, por medios y por resortes tan inicuos, que sólo el carácter de sus enemigos y el de esos combates bastaría para probar su verdad y su divinidad; y respecto de la que un poco de sentido común bastaría para hacernos conocer que sólo ella es la que puede fundar y conservar la moralidad en la familia, el orden en la sociedad y la fidelidad en el trato de los hombres. No nos atrevemos á sostener ni por un momento, que esa verdad y esa divinidad del catolicismo, sea desconocida de muchos hombres honrados, que dicen querer conservarse católicos en medio del vendabal que hoy sacude todo el orden moral y religioso, pero si hallamos inconcebible que alguien que profese la religión de Jesucristo, preste su verdadera y real cooperación á quienes blasfeman su santo nombre, atacan sus sagrados intereses y quisieran borrar de la tierra hasta los vestigios de su redención.

No concebimos como un católico pueda leer á frente serena esos diarios ultrajes, esas multiplicadas y arteras tramas contra la Iglesia católica que se encuentran en los periódicos liberales. No nos explicamos, y esto lo decimos sin querer que se atenúe en nada el valor de nuestras palabras, no nos explicamos la especie de menoscabo que en justo criterio sufran con ello su religiosidad, su dignidad personal ó su juicio. Si hubiera un impertinente que día á día fuese á decirle graves insultos contra sus padres, su esposa, su familia ó sus amigos, juzgaría arrastrada por el fango su dignidad, si permaneciese impassible ante ese atentado; in-calificable sería ya su porte si además recibie-

ra con agasajo ó premiara al insolente que tal afrenta le procurase. Pues el católico que compra y lee los periódicos impíos, representa un papel más repugnante al fomentarlos con su dinero y con el valor que les da ocupándose de publicaciones en que se ultraja sistemáticamente objetos que, en justicia y por la profesión de su fe, deben serle más caros y venerados que aquellos á que se halla ligado por las simples conexiones humanas. Ante los enemigos de la religión quizá llegue por su inconsecuencia á colocarse hasta en el ridículo y á provocar algunas risas desgraciadamente muy justas por su simpleza.

Ya sabemos que no faltan *excusas*, ó *razones* que alegar en favor de esa conducta que lastima, á no dudarlo, el sentimiento religioso. El *interés de las noticias comerciales* que abundan en tales periódicos, la abundancia y *oportunidad* de las relativas á los asuntos de Europa y *otras razones de ese género* que, aun así todo, no salvarían una conciencia católica que no debe anteponer el interés material ó político á los sagrados intereses de la religión, que se diría autorizaban su lectura. *A esto se puede contestar no sólo con las prohibiciones de la Iglesia respecto de lectura y retención de obras heréticas ó impías, prohibiciones que se hayan muy terminantes en las reglas del índice expurgatorio, estrictamente obligatorios para todo católico y que comprenden á los periódicos liberales según declaraciones terminantes del Episcopado, sino con la obligación en que estarían más bien esos católicos de destinar al menos los elementos que indebidamente invierten en comprar y sostener*

así los *diarios impíos*, á la fundación de un periódico católico ó la protección de algunos de los existentes, hasta colocarlos á la altura que apetecen, con la que llenarían mil veces mejor todas las condiciones de una publicación de ese género.

Ni se diga que la protección que se imparte es pequeña y que una suscripción nada significa en el número de las muchas que sostienen un periódico. Hay dos especies de protección: la moral y la física. La primera es de alta importancia, y el católico que se suscribe á un *diario impío*, por más que proteste lo contrario, le da cierto valor y quizá le da más valor que á los periódicos católicos que ve con desdén, circunstancia que debería pugnar con su carácter y agitar su conciencia. En cuanto á la cooperación física, es como la que prestaría cada soldado en una guerra injusta: aunque pequeña individualmente, de esos elementos parciales se forma el general, y á cada uno de ellos corresponde una responsabilidad que no hay que relacionar con la que ofrezca el conjunto, pues tiene por sí todo su valor singular y su trascendental importancia.

Candor sumo sería el de creer que porque algunas veces, y aun con cierta frecuencia, los periódicos liberales publican algunos artículos religiosos ó hacen algunas confesiones ó apreciaciones justas en favor del catolicismo, cesará el peligro y la prohibición eclesiástica de leerlos ó retenerlos. Tan lejos de ello, esas intercalaciones, los hacen más peligrosos y más inicuos, cuando tratan de infiltrar el veneno oculto bajo esas lisonjeras apariencias, y demuestran que, como

Satanás, creen, porque no pueden hacer otra cosa, pero que por su malicia engañan, y extrañan sistemáticamente.

A estas reflexiones, comunes á todos los procederes impíos, debemos agregar algunas, especiales al *Monitor Republicano*. Este diario, corifeo de la impiedad, voluble en política, alta y proverbialmente inmoral desde tiempos anteriores, y en el orden literario y científico verdadera y completa nulidad, dirige semanalmente un artículo que ha denominado muy propiamente con el nombre de *charla*, al sexo que se merece todos los respetos y consideraciones de la sociedad. Que el periódico que ensalzó á las soldaderas y que ó inventa sin cesar cargos á los curas y á los institutos católicos, quiera llevar su inmundicia hasta el sagrado del hogar y al recinto del pudor, no nos causa extrañeza: pero que haya quien pueda aceptar semejante pretensión, nos cuesta trabajo el comprenderlo.

Dos sentimientos dan á la mujer el inestimable precio que tiene en la familia y en la sociedad: el sentimiento religioso ó la fe cristiana y el delicadísimo é inapreciable del pudor. Una mujer que careciere del primero, diríamos con D. Severo Catalina, sería un ser inconcebible: la falta del segundo, no es necesario decir lo que importaría. Y esas dos joyas son tan exquisitas y delicadas para el catolicismo, que las considera empañadas con el más ligero hábito impuro: la doctrina cristiana enseña que en las tentaciones contra la fe, lo mismo que en las que atacan la pureza, ni se haga frente, sino que se desvíen con rapidez y con indignación y se vuelva á otra parte la vista. Pues bien: esas dos co-

sas frecuentemente ataca el *Monitor* en sus charlas dominicales. Y padres incautos y jóvenes tal vez inadvertidas, no se aperciben quizá del veneno y de lo repugnante del asunto. Preguntaríamos á una de esas lectoras, que tal vez sólo buscan allí la friyolidad con que esos escritos insustanciales halagan la vanidad de las mujeres, si podrían relatar sin ruborizarse algunos episodios ó pasajes claros ó equívocos que hallan leído allí como un simple pasatiempo? Parecerá avanzado nuestro aserto; pero, examinado sin la ligereza con que hoy se suelen ver las cosas más graves, se le encontrará cierto de todo punto: la joven que se resuelve á semejante lectura, lastima sus más delicados sentimientos y arroja sobre sí cierta tacha ante el delicado juicio que sobre el decoro de la mujer forma la sociedad. Examinen los padres de familia esos escritos, y no dudamos que no los hallarán inocentes y propios para la familia de cuya moralidad responden á Dios y á la sociedad.

En cuanto á los *periódicos impíos* en general, *medítese bien* por los católicos, *estudien la materia y consúltese con personas competentes*, y se verá que *no está libre de responsabilidad* quien expone su fe con esas lecturas que siempre la van debilitando y *les presta su cooperación activa y eficaz* por más que no se quiera confesar, *al comprarlos ó suscribirse á ellos*. *Quejarse después de la inmoralidad creciente, de la decadencia material y de todos los males que hoy aquejan á nuestro país, es la mayor de todas las inconsecuencias.*

PIENSA EN MARIA

¡*María!*..... ¡No es cierto que este nombre es un registro del alma que vibra siempre simpático, siempre dulce, siempre arrobador, siempre con armonías nuevas y desconocidas, lo mismo en las del poderoso que en las del mendigo?

¡Bendito Dios que puso á su Madre tan dulce nombre, tan grata armonía! Atreveos á pronunciarle sin sentirnos conmovidos de dulcísima emoción y de placer celestial, vosotros que moráis en palacios, ó que respiráis en cabañas, atreveos á decir que ese nombre no vaga con ternura en vuestras almas cuando le pronunciáis, y os diré que no puede ser, porque Dios lo puso para consuelo en su Madre, y sin dulzura, sin apasionado acento y concepto irresistible, no hay consuelo, no se mitiga el llanto, no desaparece el pesar.

Nombre idolatrado; flor que mi madre plantó primera en mi alma cuando era inocente; no te marchites nunca en ella, porque mientras estés tú allí, tengo un consuelo y una esperanza..... aun no me encuentro solo y perdido en el mundo.... aun puedo esperar que Dios me perdone en atención al amor que te profeso.... Yo quiero que tu perfume me acompañe en este suelo, y en tu delicado cáliz quiero beber la inspiración de mi agostada vida..... Recuerdo primero de mi madre, sé tú lo último que pierda mi memoria al perder el postrimer aliento; haz que unos labios queridos lo repitan á mi oído al morir, como otros labios queridos lo pronunciaron al nacer, y que el último latido de mi corazón y la última palabra de mis labios cárdenos y cansados, sea *María*.—J. V. A.

ORACION

Divino Jesús, que has dicho "Pedid y recibiréis. Buscad, y encontraréis. Tocad y se os abrirá;" mírame postrado á tus piés animado de viva fe y filial confianza en estas promesas dictadas por tu Sagrado Corazón y pronunciadas por tus divinos labios.

¿A quién puedo dirigirme sino á Ti, cuyo Corazón es el inagotable manantial de todos los méritos y gracias? Llamaré á la puerta que nos comunica con Dios. ¡Oh Corazón de Jesús! en Ti hallaré consuelo en mis aficciones, fuerza en los combates, luz en mis dudas y protección cuando me persigan.

Creo firmemente que puedes concederme la gracia que imploro, aunque fuese necesario para ello un milagro. Un solo acto de tu voluntad, y mi petición será despachada. Conozco que soy indignísima de tus favores ¡oh Jesús! pero esto no me desanima, porque Tú eres el Dios de las misericordias y no desechas un corazón contrito y humillado. Dirige una mirada de piedad, te lo suplico, y tu compasivo Corazón encontrará en mi miseria y debilidad un verdadero motivo para concederme lo que te pido.

¡Oh Sagrado Corazón de Jesús! cualquiera que sea tu determinación respecto á mi súplica, nunca cesaré de adorarte, amarte y servirte. Dignate, mi Jesús, aceptar este acto de sumisión á los santos decretos de tu adorable Corazón, deseando se cumplan en mí y en todas las criaturas por toda la eternidad. Amén.

Padre Nuestro y Ave María.

